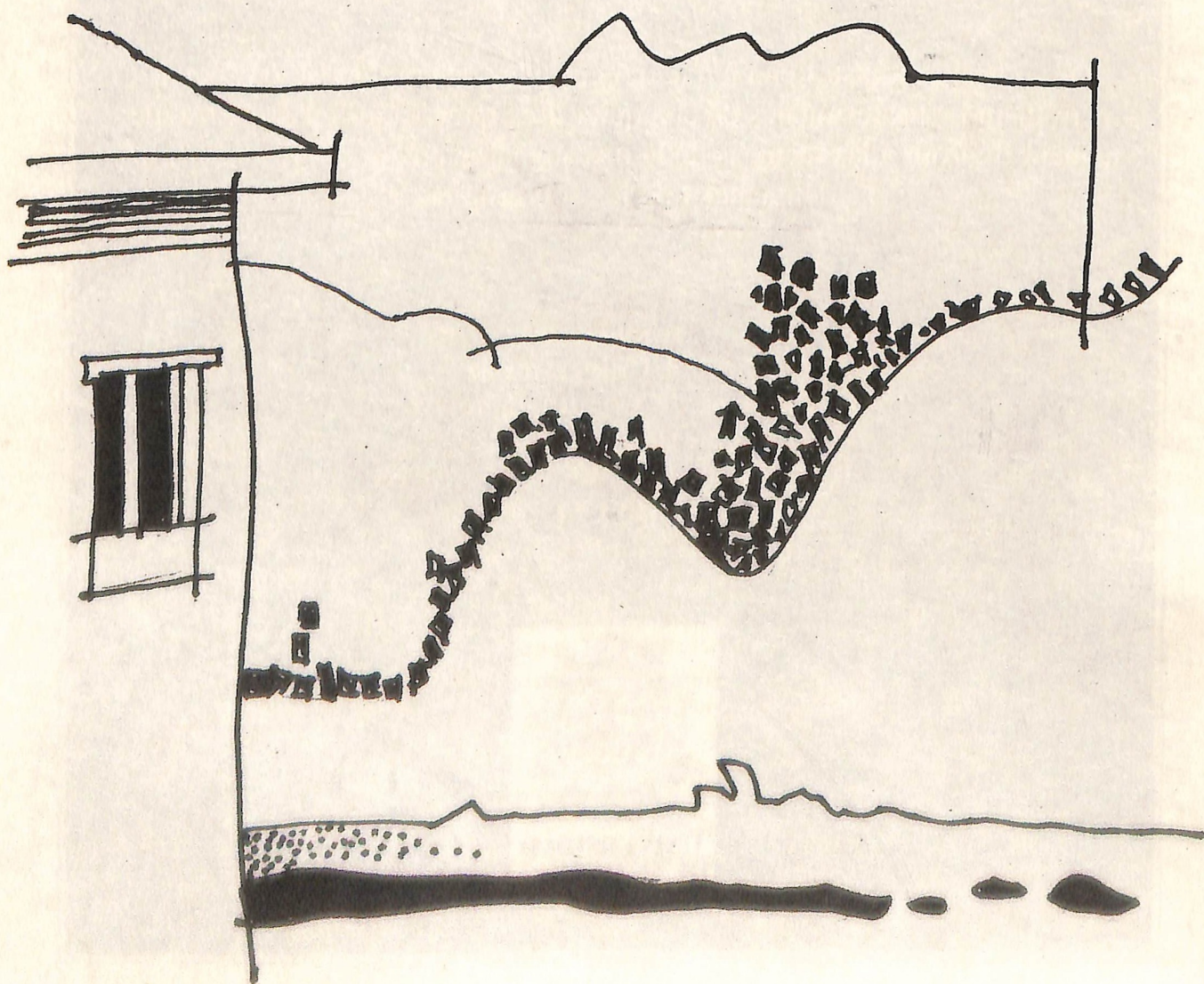


Decálogo de las pequeñas tragedias cotidianas

Andrés Muñoz

Cada año, una cifra escalofriante confirma que Medellín es la ciudad con la tasa más alta de homicidios en el mundo. Detrás de las estadísticas está el drama de la vida cotidiana en cientos de barrios. Santa Cruz escribe historias de sangre y llanto. Hoy alguien rompe el silencio y narra.



"No todo el mundo tiene primavera"
Giros. Fito Páez

1. Nostalgia, Rabia, Miedo, Impotencia: extraños lugares desde donde hablo

Todo cambia cuando saben que vas en serio. Callan. Se asustan. Se previenen. Se bloquean. Te empiezan a pedir con la mirada que te largues, que ahora no tienen nada que decir. Transpiran. Reviven sus miedos. Piensan en alguno de sus muertos. Tartamudean. "No me grave -dicen- con esa vaina no soy capaz de hablar".

Han visto tu rostro cientos de veces en sus calles, han oído tu risa, han sabido de tu llanto, pero eso no es ninguna garantía. Ahora no eres más que un extraño periodista para ellos. Casi tan malo como hablar con un policía, piensan. Y callan. No quieren pasar por sapos y menos, "morir por la boca"; por eso se refugian en un silencio infranqueable. Sí, pocos habitantes del barrio Santa Cruz aceptan dialogar sobre la violencia que asola sus calles, sobre ese monstruo invisible que los asfixia y les roba la tranquilidad.

Desde que recuerdo, la molesta criatura siempre ha estado ahí, con sus famélicas fauces, hambrienta de desgracias, ebria de sangre. La violencia siempre ahí en el barrio, adherida como una enorme sanguijuela a nuestros días. No puedes librarte de ella. Nunca. Hasta te sientes extraño sin ella cuando estás fuera de la ciudad. ¡Qué vaina!

Por eso quise hacer este reportaje. Porque yo también he callado, porque también he crecido bajo la sombra del inmenso árbol de la violencia y muchas veces traté de ignorarla. Porque las humildes calles duelen, así te digas "no" y sueñes vivir en algún jodido lugar cerca al sur. Porque algo yace, al acecho, bajo la cifra de más de quince niños muertos en el barrio por "balas perdidas" durante el año 1999. No quiero ser un número más, que hablen del barrio y nos traten como escandalosas cifras. Negras y molestas cifras. Que aseguren indiscriminadamente que pertenecemos a la zona que más homicidios aportó de los 4296 que se presentaron en Medellín y su área metropolitana en el año 2000. Tampoco deseo que las ciencias (psicología, sociología, economía) nos miren como ratones de laboratorio. Que nos expliquen, que nos justifiquen, que nos condenen.

Sólo quiero que se escuche la voz de los habitantes del barrio Santa Cruz, de los que ponen la sangre. De los pocos, o muchos, que deciden vencer sus temores

y hablan sobre las pequeñas tragedias cotidianas. Esas que pueden volverte loco. Espero haber lanzado con tino la primera piedra. El ejemplo está dado.

2. Antecedentes o la historia es la madre de todas las explicaciones.

Los curas son jodidos. Siempre lo han sido, y algunos guardan por ahí sus caprichitos políticos e ideológicos. Como Pío XII que firmó un concordato con la España dictatorial del general Franco y se hizo el de la "vista bien gorda" ante los desmanes del nazismo en Europa. Creo que hasta llegaron a llamarlo *El Papa de Hitler*, y sus razones tendrían. O como los padres Argiro y Barrientos, que quisieron cambiarle el nombre al barrio hace unas décadas. Y lo lograron. *Moscú* les sonaba a paraíso comunista. No querían ver herejes con barba y trapos rojos en las lomas descubiertas. Nadie lo quería. Así que convocaron a los habitantes de la zona para acordar un nuevo apelativo coherente con la conciencia piadosa del barrio.

El resultado, Santa Cruz: un nombre que ha parecido más una carga que una bendición. El peso de una inmensa cruz ha recaído sobre los habitantes del barrio: la violencia.

Los rumores vuelan, y a principios del siglo XX se expandió por los pueblos de Antioquia una engañosa consigna: la gran ciudad era una caja mágica que ofrecía soluciones para todos. Medellín, lugar fantástico donde podías empezar una nueva vida, alejado de los inconvenientes propios del campo colombiano. La hipnosis se apoderó de muchos campesinos, y Medellín

empezó a ser ocupada por los sueños de un montón de hombres con olor a tierra. Y a necesidad. Miles de necesidades. La ciudad pasó de 37 mil habitantes en 1880 a 160 mil en 1930.¹

Ante tal migración de hombres necesitados, algunos propietarios de fincas del norte y el oriente optaron por parcelar sus propiedades y vender "lotecitos". De este modo evitaban futuras invasiones. Podían verse algunas casa-fincas y casitas fabricadas por los mismos campesinos-peones. Se vis-

lumbraba el nacimiento de un nuevo barrio con un enorme homónimo foráneo: *Moscú*. Gente de escasos recursos cifraba todas sus esperanzas en un suelo desconocido y hostil. Así, se conformó la Comuna Nororiental, donde hoy viven más de 500 mil personas, repartidas desigualmente en 49 barrios,² que se extienden, según una original lógica urbanística, desde el cementerio de San Pedro y el Jardín Botánico hasta los

**Por eso quise hacer
este reportaje.
Porque yo también he callado,
porque también he crecido
bajo la sombra del inmenso
árbol de la violencia
y muchas veces traté de
ignorarla. Porque las humildes
calles duelen, así te digas "no"
y sueñes vivir en algún
jodido lugar cerca al sur.**

1. *Rasgando Velos*. Ensayos sobre la violencia en Medellín. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1993. Pág. 176.

2. *Diagnóstico Social de Medellín*. Secretaría de Bienestar Social, Alcaldía de Medellín, 2000. Pág. 56.

límites de Bello y la cúspide de la montaña que circunda el Valle del Aburrá, en la parte oriental.³

Don Marcos Aurelio Agudelo fue uno de los primeros que clavó raíces en esta nueva tierra, hace más de 50 años. Quizá nunca se imaginó que en los mismos caminos que con tanto esfuerzo forjó, sus descendientes sembrarían desesperanza. Él llegó proveniente de Istmina, Chocó, con las manos vacías. Un tal señor López le vendió un pedazo de tierra a \$3.00 la vara cuadrada. Lo más cerca de ahí era la Escuela Carlos E. Restrepo -hoy Escuela Especial La Rosa-. El barrio Moscú fue rápidamente urbanizado en forma pirata. Los habitantes se armaron de picos, palas, machetes y cientos de esperanzas para abrir brechas desde la 52 hasta la 49; años después, maquinaria del Municipio de Medellín dió vida a enlodadas calles: 97, 98, 99, 100.

En los años cincuenta la luz eléctrica no existía, pero la oscuridad se combatía con parafina y trozos de llanta encendidos. El agua se obtenía de aljibes, depósitos del líquido poco salubres. La leña para cocinar era traída desde la parte alta, cerca de la finca *Moscú*, de propiedad de Fruto Patiño y Raimundo Álvarez Mesa. Dicen que de ahí tomó su nombre el barrio. Un estruendoso carro tipo escalera llegaba hasta la Escuela Carlos E. Restrepo, por plena carretera Bermejál (carrera 52). El polémico *Moscú* era quizá una premonición de los difíciles tiempos que se avecinaban.

La segunda gran migración hacia la ciudad se gestó en el caótico año de 1948. La época conocida como *La violencia* asolaba al país y Medellín se colmó de desplazados liberales y conservadores que huían de la violencia bipartidista sufrida en los campos. Huían, sin saber que sus descendientes serían herederos obligados de todo el infecto clima de malestar social, y que reemplazarían los machetes por pistolas nueve milímetros, las peleas de cantinas por pugnas territoriales, y el tradicional tinte político por una vistosa marca de tenis americanos. El colorido conflicto de la turbulenta época de la década del cincuenta se trasladó a los incipientes barrios populares. Los conservadores atacaban con piedras los buses del sector liberal del barrio Santa Cruz y se presentaban con frecuencia enfrentamientos con un claro trasfondo político: "Acaeció al frente de la numerosa familia de Los Lucios -los problemáticos-, conservadores reconocidos por el barrio, un enfrentamiento contra sus vecinos liberales; se dice que el padre de Los Lucios era un policía en aquel tiempo y solía alardear ofendiendo de acabarlos".⁴

Llamar *Moscú* al barrio era como un "sucio en el ojo" para los representantes de la Iglesia. Y para ellos no hay Santa Lucía que valga. Se cambia el nombre del barrio, pero da igual. La violencia continúa, y en los setentas, los habitantes se organizan en autodefensas barriales, una versión primitiva de las Milicias Populares.

Los ochentas fue la época dorada de crímenes, en la que hace su aparición "El Capo de capos". El que podía comprar la ciudad entera y hacer una finca de veraneo para su uso exclusivo en las noches de fuerte jaqueca. Él conmocionó la ciudad con los despojos de sus macabros juegos pirotécnicos. Los Priscos, Los Nachos, Los

Calvos, todos nacieron amparados bajo su seno. Con ellos se perdió todo sentido de proporción por el valor de la vida propia o ajena. Santa Cruz también se contagió de la dinámica destructiva. La banda *La oficina* es un glorioso pasado para muchos: motos, carros, rumba, mujeres, droga, vida corta pero plena de placeres paganos. Y esta atmósfera la respiramos completamente todos en el barrio. Algunos quisieron imitarla años después y están muertos o lisiados, o presos o con algún raro destino esperándole a la vuelta de la esquina.

3. Santa Cruz, un mal sueño

"Tengo miedo" - dijo la Señora Azul.

Nada raro, -pensé- en el barrio Santa Cruz todos sienten miedo.

Era una fría noche. Fría y húmeda, como muchas en estos tiempos de incertidumbre climática. Yo balbuceaba algo sobre la violencia ocasionada por los jóvenes del barrio y no dejaba de mirar esos ojos que me huían para hundirse en sus recuerdos.

-¿A qué le teme?- pregunté.

No era nada fácil para la Señora Azul. Estar ahí, en su casa, nerviosamente sentada, dando su opinión acerca de la maldita situación que afronta Santa Cruz, su barrio, el sitio en el que ha vivido sus 42 años. Seguro no resultaba nada cómodo para ella.

Más que perder su vida, a la Señora Azul le atemoriza la idea de tener que marcharse del barrio. -"Dejarlo todo acá" - dice. Haciendo el mayor énfasis posible de su vida en ese "todo". "Dejarlo todo acá", comprendo bien: sus 42 años, hijos, amigos, amores, calles, luchas, muertos, su vida, para llevarse sólo el cansancio de tantas jornadas y el anhelo de regresar.

Hace cuatro años, la Señora Azul logró cumplir una de sus metas: tener un negocio propio. Las múltiples

3. *Rasgando Velos*. Ensayos sobre la violencia en Medellín. Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 1993. Pág. 177.

4. Márquez, William. *Historia del barrio Santa Cruz antes Moscú*. Medellín, 1986. Trabajo presentado al concurso "Escriba la historia de su barrio".

adversidades no la hicieron desistir y un buen día todos sus esfuerzos se cristalizaron. Unió dos habitaciones de su casa, les proporcionó un acceso independiente a la calle y las habilitó como tienda.

La idea prosperó y hoy el sitio destinado para el negocio resulta bastante incómodo, sólo queda espacio suficiente para el desplazamiento "tipo cangrejo" de una persona. Los productos, esparcidos por todos lados sin un sitio específico, saturan la mirada en cuanto se llega al *chucito*, como lo llama cariñosamente la Señora Azul. Resulta realmente sencillo pisar algo aquí. Eso, o toparse de frente con el refrigerador, o quedar atrapado entre el estante de las galletas y el papel higiénico. Dios quiera que nunca le pase algo así a la Señora Azul, o a cualquier otro.

"El barrio se nos muere" - dice ella.

Y es cierto. En las calles la violencia danza con paso firme el baile de la desesperanza. La muerte juega con la sonrisa de los niños. "Ya la gente no cree en nada. Son indiferentes, insensibles, desconfían de su sombra" - dice. Los habitantes de Santa Cruz hicieron de la violencia y la muerte algo tan cotidiano como atarse el cordón de su zapato. Por aquí todos hablan de la violencia con su familia o amigos, pero nadie se atreve a hacerlo en otro contexto. A nadie le gusta la policía y evitan los periodistas, nadie quiere ser *sapo*.

La Señora Azul accedió a conversar después de mucho considerarlo. En la sala de su modesta casa, busca pensativa atar las palabras adecuadas para expresar algo que siente y nada más. Algo con lo que te despiertas y sabes que al final del día todo seguirá igual, o peor. Nunca lo otro.

"Esta violencia es cosa de nunca acabar" - dice la Señora Azul. "Cada día son más los pelaos que se meten a las bandas, y cada que desaparece una banda no tarda en aparecer la otra".

La Señora Azul sabe que la esperanza no brilla en el horizonte del barrio Santa Cruz. Los niños están creciendo bajo la cotidianidad de la violencia, sus modelos a seguir son jóvenes armados que también cuando chicos aspiraron todo el malsano hábito de muerte y desolación de la zona. Estos niños y

jóvenes van y vienen, como fúnebres autómatas, en un macabro e incesante relevo generacional de la violencia.

Todo aquí es un horrendo círculo. "Los pelaos buscan las esquinas. Ven bueno *el parche* y comienzan a hacer diabluras y a molestar a la gente. Luego consiguen armas, roban, quieren mandar en el barrio y matan o hacen perder al que no les haga caso" - dice la Señora Azul.

Lo peor del asunto es que esta misma situación se repite simultáneamente, casi sin cesar, en diversos sectores del barrio y puedes ver crecer a tu alrededor varios *combos*. Estalla entonces la gran guerra en las calles por la supervivencia y la supremacía. Cualquier habitante es una víctima potencial por acción, por omisión o *por de malas*. Se crean fronteras invisibles. Tu mundo se reduce. Tu Santa Cruz se reduce. De repente tu barrio puede ser tu solitaria cuadra y tu novia, sin mudarse de casa, empieza a vivir en el "campo enemigo". Y aquí no existen las visas o la inmunidad diplomática.

-¿Y sus amigos, Señora Azul?- pregunté.

"A algunos no puedo verlos porque viven en la 'otra' cuadra y no se puede ir mucho por allá".

-Comprendo- dije- ¿Y el Estado?

-(*Risas*) "Los políticos sólo vienen cuando hay elecciones. Y prometen y prometen y prometen. Después no vuelven, ganen o pierdan".

-¿Y la Fuerza Pública?

"Hummm... la policía viene un ratico, pero..."

-¿Y Dios?- pregunté.

(*Nada. Silencio elocuente de la Señora Azul. Una mirada al vacío como respuesta.*)

Quizá sean pocos los que conocen el verdadero valor de los tenderos en comunidades como la de Santa Cruz. En algunas ocasiones son unas auténticas tablas de salvación que evitan el naufragio de muchas familias.

"Sí, -dice la Señora Azul- poca gente por aquí merca o acude a los supermercados. Casi todos compran para el diario y algunos ni para eso tienen siquiera. Yo les fío hasta donde sepa que pueden pagarme".

Pero difícilmente seguirá dándose ese lujo. La Señora Azul, como muchos comerciantes del sector, es presa constante de extorsiones. "Las *vacunas* nos mantienen enfermos -dice y se ríe como quien no. -Hay días que vienen va-

Cualquier habitante es una víctima potencial -por acción, por omisión o por de malas-. Se crean fronteras invisibles. Tu mundo se reduce. Tu Santa Cruz se reduce. De repente tu barrio puede ser tu solitaria cuadra y tu novia, sin mudarse de casa, empieza a vivir en el "campo enemigo". Y aquí no existen las visas o la inmunidad diplomática.

**Homicidios comunes en el barrio
Santa Cruz de Medellín 2000-2001*
Según edad y sexo**

Edad	Masculino	Femenino	Total
<= 17	18	1	19
18 a 21	22	0	22
22 a 25	12	1	13
26 a 29	10	2	12
30 a 33	3	1	4
34 a 37	5	0	5
38 a 41	2	1	3
>= 42	8	2	10
Totales	80	8	88

Fuente: Secretaría de
Gobierno Municipal -DECYPOL
*Año 2001: Período enero-junio

rias veces o piden comida, licor o cosas raras como crema dental. Nos piden dinero para 'cuidar' los negocios. Pero lo peor es cuando vienen pelaos del otro *combo*. No sé qué hacer. Les doy lo que piden y no digo nada a los que siempre me cobran, para evitar nuevas peleas.

"¡Ah vaina!"- dice, pero ya no hay sonrisa en su rostro. Se requiere un toque de masoquismo para flagelarse de esa forma.

Pero la Señora Azul, debido a su tienda, debe enfrentar otros problemas, como la falta de empresas proveedoras a causa de los robos a los vehículos repartidores.

"Ellos también tienen miedo-es todo lo que ella dice. -La alternativa: rebuscar, ir a la Minorista o a donde sea a conseguir los productos. El pero: el transporte. Muchos taxistas no vienen a Santa

Cruz, no quieren que utilicen el taxi en algún cruce".

Hice una breve pausa. Miré por la ventana. Nada. Nadie. ¿Estaba yo allí? Tal vez todo no fuera más que un mal sueño. La violencia, un mal sueño. La Señora Azul me sacó del bello sueño aquel donde todo era un mal sueño.

Dijo: "Cierro la tienda antes de las nueve de la noche o cuando oigo disparos, y por nada del mundo atiendo después de que cierro. Sea quien sea. En esos casos es mejor

prevenir, aunque son muchas las ventas que se pierden. ¡Ah!".

Lo otro, y quizá peor, es convertirse en un cómplice obligado. Sí, así como suena. El día que menos te imaginas pueden llegar a la tienda con pistolas nueve milímetros o algo tan grande que prefieres no pensar en el nombre y te piden que la guardes bien, "que si no te quiebran". ¿Hay elección? No lo creo. No hay vuelta atrás, como en el recorrido de la tierra alrededor del sol. La noche también avanzaba. Era una de esas noches frías. Frías y húmedas como ya dije.

"¿Y mi nombre?"- preguntó.

-Lo cambiaré, como acordamos.

"¿Cuál será mi nombre?"

-Señora Azul- dije, y me oí decir algo sobre el color de su vestido o la fría noche. En aquel momento no entendía bien lo impulsivo del nombre. Intuición, me dije. Pero ahora creo saber el origen de la asociación. Lo vi en una película de Tarantino. En ella, los personajes deben cambiar sus identidades por seguridad y se nombran entonces con colores (señor Café y señor Blanco son dos de ellos). Nadie sabe el nombre del otro, únicamente su color. Los nombres reales de los personajes no existen y la versión que cada uno elabora de los hechos ayuda a construir la triste realidad. La versión de los hechos prima siempre sobre las identidades.

Quizá la Señora Azul no sepa mucho de cine y de colores, pero sí conoce el barrio y no quiere verlo así.

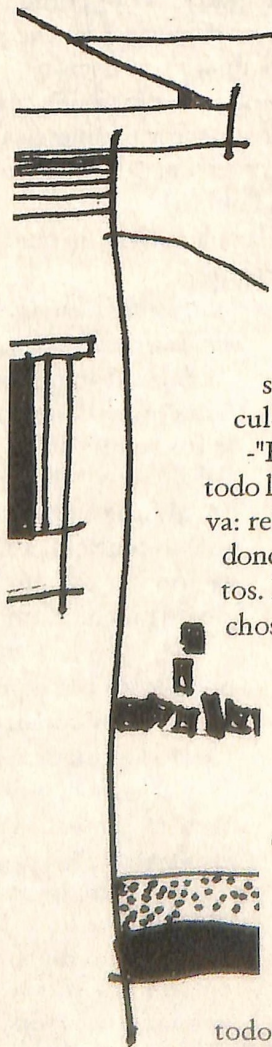
-Debo irme- dije.

"¿Por qué?"

- Es muy tarde.

"Entiendo"- dijo la Señora Azul.

Y seguro que entendía lo que me aguardaba: caminar por las calles y sentir ojos invisibles siguiendo cada uno de mis pasos. Ojos mudos, ocultos detrás de las ventanas. Experimentar esa especie de vacío infinito que se siente



Cuando el barrio esta así, la gente piensa en no salir a la tienda a comprar sus cosas. Son días malos. En los que la gente siente el pánico... el terror.

El barrio tiene futuro. Necesitamos alguien que muestre que la violencia no deja nada. Sí hay futuro, si todos nos proponemos a que todo cambie, que sea un mundo de confianza, para volver a recuperar lo que hemos perdido. Necesitamos bastante trabajo. Que el joven estudie y haga una carrera. Pero como estudia y no consigue trabajo, él piensa más bien en coger una carrera fácil: la carrera de la violencia, de la muerte. La carrera de matar, de robar.

La cárcel

Mi hermano está en la cárcel. Ese mundo que se encuentra allá es de sólo gente violenta. La plata lo dice todo. Si la tienes vives bien, si no, vives bajo unas reglas. Muchos dicen que la cárcel es un castigo a la gente mala, pero es peor, porque el que cae a una cárcel tiene que pagar para vivir, comprarse una forma de vida allá. Comprar su colchón, si quiere dormir bien y no en unas cuantas baldosas; comprar comida o comer la de abajo, la que llaman "el bongo". Es una forma de vida que uno no entiende. No es caer y ya. El joven no se lo debería merecer, pero por las leyes que hay en este país todos tienen que pagar lo que hacen.

Si alguien es violento y ha causado problemas a la sociedad y ha estado en una cárcel, nunca debes rechazarlo. El día que salga... (o si se va quedar de por vida)... hay que seguir ayudándolo. ¡Todos somos humanos y cometemos errores!

El joven debe pensar que con la cárcel pierde un poco de su juventud, de confianza hacia la vida. Muchas veces piensan en salir y seguir con sus fechorías. Seguir metidos en la violencia. Mi familia quiere que él salga a vivir una vida que le corresponde, que viva en paz con él mismo y no siga causando problemas.

La muerte

Al joven no le importa morir, dicen que el riesgo es una forma de vida y se exponen para conseguir un pan o plata para su familia. Debido a eso dicen que no les importa la muerte, y que la sociedad los ha hecho a un lado, más que todo el gobierno que no piensa en todos sino en unos pocos. Por eso la juventud ya no piensa de buena manera así sean ayudados.

Uno va por las calles y ve a los jóvenes morir por cosas sin sentido. Casi siempre son *pelaos* de 23, de 15, de 20, hasta de 9 años... ¡eso es terrible!. No piensan en crecer.

Cuando matan un familiar se siente tristeza y rencor hacia la sociedad. Se siente un rechazo, porque dicen: "qué familia tan violenta". Mucho odio... Y tristeza...

Y un vacío que nunca se podrá tapar, porque debido a eso la familia pierde confianza en sí misma. En la

familia hemos tenido muertos. Hemos tratado de estar unidos, creer en nosotros e inculcarnos a no seguir con la misma violencia que murieron los primos y los hermanos.

En Medellín, los jóvenes no se preocupan por la muerte para conseguir unos pocos centavos, que podrían ganar trabajando, con sudor, con berraquera. Pero ellos dicen que es un trabajo robar y matar.

No sabría lo que piensa alguien que le quita la vida a otra persona. Yo creo que no se le puede quitar la vida a otros por unos centavos. Yo no robaría, no mataría. No creo que lo haría.

¡Me gustaría morir viejo! Ver que todo el mundo cambie y no tener esa fuerza que hace que los jóvenes mueran por plata. Esa es la vida de hoy en día. No hay que mentir, hay que decir la verdad.

5. *Intermezzo*: Pronóstico del tiempo o las estadísticas aconsejan

Si usted es de sexo masculino y se encuentra entre los 18 y 21 años de edad, hace parte del grupo más vulnerable a los homicidios comunes que se presentan en Santa Cruz. Por tal motivo, las estadísticas le aconsejan cuidarse a la hora de transitar por las calles del barrio, y más, si es jueves y son entre las seis de la tarde y las nueve de la noche. Si es mujer y hace parte de uno de estos grupos de edad: 18 a 21 años o 34 a 37 años, se le recomienda emplear los días lunes y viernes para efectuar sus diligencias, preferiblemente las horas de la mañana. De seguro, las probabilidades de toparse de frente con la violencia del barrio Santa Cruz se verán un tanto reducidas.

Para mayor seguridad, favor explorar con detenimiento las múltiples posibilidades que ofrecen los cuadros estadísticos que se anexan a continuación. ¡Ah!, por supuesto, no olvide contemplar en sus cálculos un cierto margen de error y prevea además la presentación de molestas eventualidades de último minuto.

Recuerde, es por su seguridad.

Att: Las Ciencias Estadísticas.

Para evaluar su trabajo, las administraciones municipales suelen presentar cifras; por su-

puesto, se espera que cada vez los números sean más alentadores. Sin embargo, la violencia de la zona nororiental no ofrece ninguna tregua numérica. Cada año aumentan los índices de criminalidad. La sangre es la invitada estelar de las estadísticas de la ciudad: desde hace quince años la violencia es la primera causa de muerte en Medellín. El 98% de los años de vida que se pierden por muertes violentas se debe al homicidio. La mayoría de la víctimas son hombres en edad temprana. Medellín pierde proporcionalmente casi el doble de años de vida por homicidios que lo

***Mi hermano está en la cárcel.
Ese mundo que se encuentra
allá es de sólo gente violenta.
La plata lo dice todo.***

***Si la tienes vives bien, si no,
vives bajo unas reglas.***

***Muchos dicen que la cárcel es
un castigo a la gente mala,
pero es peor, porque el que
cae a una cárcel tiene que
pagar para vivir, comprarse
una forma de vida allá.***

que pierde Colombia; diez veces lo de Latinoamérica y el Caribe y doce veces lo que en promedio pierde el mundo.⁵

La violencia, entonces, es el principal problema de la ciudad, el gran talón de Aquiles, nuestra funesta carta de presentación.

6. Exilio

El teléfono sonó a las 8:30 de la noche.

-¿Sí?- dijo la voz al otro lado.

La reconocí, pero es mejor prevenir.

-¿Sí?- dije- ¿Casa de la familia Gómez?

La voz dudó antes de afirmar.

-Hola, P. -dije- soy A... el de Santa Cruz.

Era extraño hablar con P. Un buen día, su familia se había marchado del barrio, dejando sin granero preferido a muchas personas. Y ya que no puedo hablar con los muertos, quise hablar con una persona exiliada. (Exilio y muerte, extraña asociación de la que no he podido librarme después de leer a Shakespeare).

P. se alteró un poco. Hablar de su abandono del barrio, por teléfono, era algo que no se esperaba aquel día. Yo tomé el control de la situación y le tranquilicé contándole sobre la universidad. Pero debía volver al tema. Se lo hice saber. P. accedió a hablar, más no a que la conversación fuera grabada. Tomé lápiz y papel y lamenté la mala retentiva que me caracteriza. Espero haber captado la esencia de aquella conversación.

Empecé por la pregunta obligada. Ambos sentíamos que debía ser así.

-¿Por qué se marcharon del barrio?

-"Por la violencia -dijo P.- Cada año se repetía la misma situación. Balaceras cada hora y vacunas varias veces por semana, ya no aguantaba tener un negocio así".

Exageraba en eso de las balaceras cada hora. Reímos nerviosamente. Esa noche me enteré que P. había vivido toda su vida en Santa Cruz. Su familia había llegado hacía más de 21 años al barrio y creo que jamás supusieron que saldrían de allí intimidados por la situación.

-¿Fue duro tomar la decisión?

-"Al principio tenía mi cosita, no quería irme. Luego empecé a darme cuenta de lo mal que estaban las cosas. Algunas veces aplazamos todo, como esperando a que se arreglaran. Y nada. Además, ya casi no tenía amigos por allá, porque no salía a la calle. Mis amigos vivían en otro lado".

Puedo dar fe de eso. Era difícil ver a P. deambular por las calles del barrio. Recuerdo que hace ya año y medio que se fue de Santa Cruz, y a muy pocos he oído preguntar por su paradero.

-¿Es muy diferente tu barrio?

-"Sí, se nota mucho el cambio. No hay balaceras tan seguidas. En las esquinas sí se ven muchachos, pero no tan pandilleritos y tan violentos..."

-Pero también hay bandas -le interrumpí.

-"Sí, creo que sí, pero no como en Santa Cruz. Por acá tampoco falta el marihuano degenerado".

Después de un año y medio de haberse marchado, P. y su familia ya han vivido en dos barrios del sector centro occidental de la ciudad. Continúan con su tienda-granero y el taxi que adquirieron cuando aún vivían en Santa Cruz.

-¿Cómo percibe la gente de otros barrios el conflicto de la zona nororiental?

-"Mucha gente que conozco piensa demasiado mal del barrio. Un día me dijeron: gracias a Dios salieron de allá. A mi papá le dan ganas de ir un rato y le dice a mis abuelos, a la familia, que vamos, pero ellos dicen que si ya salimos de allá para qué vamos a volver".

Inmediatamente quise saber si estaría en disposición de vivir nuevamente en el barrio.

-"No"- dijo. Me lo temía. P. no regresaría debido a la situación actual (que por cierto, no es muy diferente a la de siempre).

-"Los niños -dice- crecen con esa violencia. Se vive en una intranquilidad por las balaceras. La tensión es mucha. Nunca se termina esa violencia. El taxi es otro peligro".

-¿Qué te marcó?- dije así no más, a quema ropa.

-"¿Qué?"

-¿Qué te marcó?- dije nuevamente, sin más explicaciones, que lo tomara como quisiera.

-"No sé..."

Al otro lado de la línea sentía su respiración.

-"Me acuerdo -dijo pausadamente- cuando lo de las Milicias y *La Oficina*. Después de una balacera, salimos y a unas casas estaba tirado... eran como las doce de la noche... era Uriel... usted lo conocía, ¿cierto?"

-Sí- respondí, mientras pensaba: ¿Y quién no conocía a Uriel? Una de las personas más respetadas en el barrio por aquel entonces, un "duro" de la extinta *Oficina*... y tan joven.

-"Verdad, ¿cómo sigue eso por allá?"

Ahora era yo el cuestionado. -Algo parecido, aunque con un poco menos de puntería- dije, pero sabía que debía explicarme. En ese momento una llamada en la línea de espera de P. interrumpió la conversación. Al instante P. estaba de vuelta.

-"Es muy importante"- dijo.

Me despedí. No pude contarle miles de cosas que han ocurrido en el barrio. En otra oportunidad será.

7. ¿Y cuántos pasos son once años y dos meses?

Es mejor ser *pillo* que pobre. Eso parece gritarte cada esquina del barrio. Tu caminas y miras esa cantidad de jóvenes encerrados en su ficticia libertad y recuerdas el tiroteo del sábado y el llanto de la mamá de Pepe y a Pepe con su mejor camisa, moribundo. A cada paso crece el mudo bullicio de la violencia, y la locura pública está prohibida por la ley, pero quisieras arrastrarte

como niño poseso lejos de aquí o extirparte el tímpano para no oír más el lamento de tu barrio.

Pero resultaría totalmente inútil. Lo del tímpano, quiero decir. Y todo porque las verdaderas tragedias no sólo se oyen; eso significaría un "gran triunfo", un oasis en medio de la desértica desgracia cotidiana del barrio Santa Cruz.

La noche. Camino bajo la lluvia. Invisibles gotas "mójalo-todo". He recorrido tantas veces estas calles. ¡Tantas! ¿Cómo rayos voy a saber cuántos pasos son once años y dos meses?.

Reconozco una silueta. Se me manifiesta como la evidencia de un ciclo decadente. La lluvia no logra borrar mis recuerdos, sólo los humedece y los torna más vívidos. Pienso en un balón casi redondo y en El Muelas pidiendo *inflitis*. Sé que en este momento desearía ser poseedor del tiempo, profanador de sus secretos, para quedarme anclado perpetuamente a aquellos días mágicos en los que todos éramos uno solo, y El Gran Muelas podía sonreírte con su amarillento caos dental. No como ahora, que ya ni saluda. Si estás de suerte te mira hasta tres, máximo cuatro, pero no te saluda. Así: 1, 2, 3, máximo cuatro segundos, pero ni una ceja te levanta. Lo juro. Sencillamente se la pasa allí, en la esquina, como recluso en un pequeño fortín vulnerable. Hasta creo que vive ahí y nunca va a su casa.

"La cárcel lo volvió así", me explica su hermano menor. Él también fue hallado culpable de secuestro simple, pero sí te saluda. Algunas veces hasta te da la mano o te toca la cabeza mientras te llama por un apodo de infancia que ya habías olvidado. Ambos estuvieron presos poco más de cuatro años. La ley del Jubileo les ayudó bastante. Una vez me dijo: "¡Huy, hermano! Dios bendiga a ese cuchito". O sea el Papa. Y yo le entendí. Me sentí bastante bien aquel día.

Pero con El Muelas todo es distinto. Creo que sus pensamientos no hacen parte de ese territorio mental que la mayoría denomina como normal. Llueve discretamente. La lluvia no parece afectarlo. Hay poca gente en las calles del barrio, todos están en casa haciendo quién sabe qué cosas, mientras él sigue fiel a su sitio de la suerte. Ni las eliminatorias del Mundial de Fútbol podrían sacarlo de la esquina. Mis húmedos pasos atraen su atención. Esta vez su "no-saludo" fue hasta tres. Por poco logro lo máximo. Él no dice nada, y yo tampoco. Sigo de largo.

¿Cómo será estar en la cárcel?, me pregunto. Bueno, al menos El Muelas está vivo. No como Pepe. Y a todas estas, a Pepe lo mataron cerca a esta esquina, en la que acabo de cruzarme con el tipo que menos saluda del mundo. Y yo que creía ostentar ese título.

He recorrido tantas veces estas calles, pero jamás como hoy. No recuerdo haber hecho nunca tan conscientes mis pensamientos sobre el barrio y tan tormentosa mi situación de observador. Día a día la violencia de Santa Cruz te absorbe; y como joven -como un Muelas en potencia-, corres el riesgo de quedar atrapado en su funesta dinámica o terminar por resignarte y hacerla forzosamente parte de tu vida. Otros en cambio, se acomodan en sus casas y prefieren ignorarla. Para eso cuentan con televisión por cable y los canales de deportes. Como si fuera posible pasar por alto el zumbido de una bala cuando tu sobrino de cinco años juega canicas con sus amigos en la *manguita* de frente. Hasta tal punto extiende su peligroso manto la violencia.

Mi calzado se resiste a tanta indiferencia. La vieja calcomanía del teléfono Amigo no podría ser menos oportuna: "Ya no me horrorizan tanto los actos malos de la gente mala. Me horroriza tanta indiferencia de la gente buena". Dicen que un líder negro, un Martín Luther King, la escribió.

La escasa lluvia no cesa. En el granero de la esquina, la Señora Azul espera los esquivos compradores.

-Unas papitas Rizadas con sabor a limón- le digo. Ella saca las manos de su abrigo y desarruga su pereza.

-¿Cómo va todo?- le pregunto.

- "Ahí, regular".

La Señora Azul me mira, sé que ella sabe exactamente a lo que me refiero. Y es que no puede ignorarlo.

Busco la manera de que se desinhiba. Así que hago una tonta anotación sobre el clima. Ella asiente.

-Ha estado calmado el barrio hoy- comento yo, así no más, con descuido.

- "Será por el agua- dice-. Porque ayer hubo bala y todo".

-¿Sí? ¿Y eso... qué pasó?

- "¿Pues qué? Los del otro lado vinieron a joder. Y una toda boba le sigue pagando 'la cuota' a todo el mundo".

De ahí en adelante el asunto se pone como interesante pero medio confuso, porque la Señora Azul no escatima esfuerzos para quejarse de la situación de Santa Cruz a la velocidad de la luz y apagar una queja con el fuego de otra. Además están las interrupciones propias de una tienda de barrio, y retomar el tema siempre es algo traumático. En síntesis, la Señora Azul sobrepasa los límites de su propia

locuacidad hablando de los problemas que afrontan los comerciantes de la zona. Vacunas, o mejor "cuotas para seguridad", que por cierto, empezaron en dos mil pesos semanales pero por una extraña

He recorrido tantas veces estas calles, pero jamás como hoy. No recuerdo haber hecho nunca tan conscientes mis pensamientos sobre el barrio y tan tormentosa mi situación de observador.

lógica de algunos jóvenes del barrio, el índice de inflación ha aumentado un 213% desde febrero y la semana tiene ahora tan sólo tres días. ¡Qué raro, no! Lo mismo piensa la Señora Azul y el Ministro de Hacienda y quien sea que haga los benditos calendarios.

Y así, "hablando del Rey de Roma", hacen su arribo dos delegados de una comisión poco diplomática y poco grata. Noté la preocupación de la Señora Azul. "Nos tiene aquello", dijo - más afirmando que preguntando- el de gorrita negra de la NBA. No era necesaria su fría presentación, la Señora Azul sabía perfectamente a qué iban. El más flaco de ellos me miró de pies a cabeza y volvió su vista a la Señora Azul. Ella parecía algo inquieta por mi presencia y era apenas lógico: hacía tan sólo unos días me había manifestado sus temores sobre la violencia del barrio. Así que traté de recordar la canción del conejito que tanto me disgustaba. La misma que en muchos casos me privó de presenciar super producciones como *Los pecados de Inés de Hinojosa*, o el ciclo de vampiros de *Sábados de terror*. ¿Cómo era que decía aquella cancioncita? Ah, ya recuerdo: "*Es hora ya de acostarse, vámonos a descansar...*". De modo que me despedido de la Señora Azul y de 1150 pesos de papitas Rizadas y una cajita de Chiclets Adams. "De canela porque no hay más" -dice ella.

La microscópica lluvia continúa. Me pregunto qué le espera a la Señora Azul. Lo mismo que otras veces seguramente: pagar, callar, pagar, cerrar, servir de "caleta de armas" y pagar. Ella tiene miedo, me lo ha dicho muchas veces. Yo tengo un poquito menos de miedo pero me alcanza para decirle que hay que hacer algo. -"¿Y qué?"- me responde, más preguntando que otra cosa. Sí, así y todo como está escrito. Parece preguntármelo con mayúsculas a la n potencia. Ese es su gran alfabeto de los miedos y las dudas, y el mío también, aunque con un poco más de ortografía. Claro que yo tengo mi centro de fuga: la escritura. De modo que escribo como lo siento.

Ahora camino con la certeza de un sueño intranquilo. La no-

che, arriba, me observa indiferente. Abajo la lluvia estropea mi calzado. Pronto terminará mi pequeño recorrido nocturno por algunas cuadras que no me son vetadas en el barrio. Curva a la derecha y veré por fin la bandera a cuadros, como los carros de la Fórmula Uno.

Pero no todo son sorpresas desagradables esta noche. Un grupo de jóvenes, en un acto heroico por estos días, ha decidido vencer la lluvia y otras molestias mayores. El balón pasa cerca del *arquito* y los gritos vienen a mí. ¡Es el fútbol! ¡Ha vuelto! Mientras me acerco, los contemplo jubilosos y sólo logro pensar: "Tanta belleza no puede no ser cierta". La eternidad me agobia en este efímero descanso.

Su escasa tranquilidad se las brinda un revólver calibre 38 que aguarda en una de las aceras. Con todos sus cartuchos, claro está. -"Por si las moscas"- dice un gordito con camiseta de fútbol europeo.

No sé que diablos pensará la FIFA de todo esto, pero en Santa Cruz ahora el arquero cumple una función más; y es de vida o muerte, así como suena: cuidar que no se arrimen *manes* raros del otro lado.

- "Pilas con esos dos que bajan ahí".

- "Traé el fierro".

- "Sigán jugando que yo cuido desde acá".

- "Escondélo bien, pero cerquita *güeva* que se vienen esas locas".

- "Dejalo ahí, tapalo con esta camiseta".

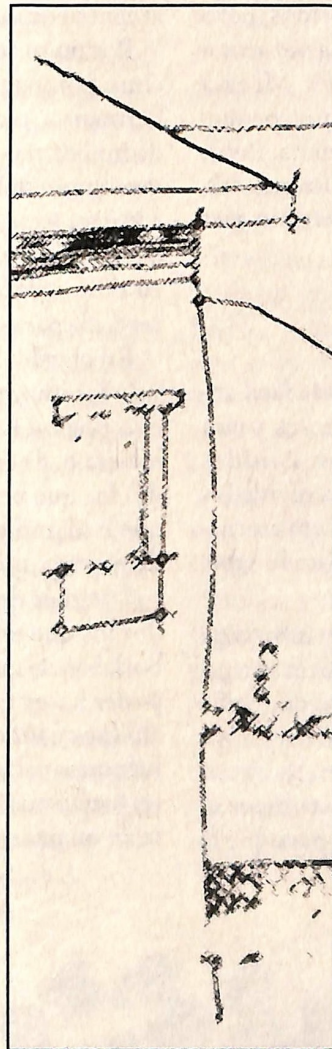
Y cosas por el estilo.

La lluvia ha cesado. Comienzo a cansarme del juego. Me acerco al más parlanchín de los jugadores.

-¿Y ese fierro qué?- le pregunto, lo más coloquial posible.

- "¿Cómo que qué?" -responde. Ya se olvidó del *chulo* de estos días. Eso le pasa a todo confiado. Y si esos *manes* se dejan venir, ya tenemos con que devolverlos".

Es algo tarde y no soporto más la nueva reglamentación para el fútbol en el barrio. Resulta que ahora un arma de fuego es más importante que el balón, y para colmo, los jugadores viven en función de vigilar los posibles espectadores y no el desempeño en el juego.



Pero no todo son sorpresas desagradables esta noche. Un grupo de jóvenes, en un acto heroico por estos días, ha decidido vencer la lluvia y otras molestias mayores. El balón pasa cerca del arquero y los gritos vienen a mí. ¡Es el fútbol! ¡Ha vuelto!

Me hastío. Unos pasos me separan de casa. Camino. Unos niños juegan, eufóricos. Aquel que acostumbra pisotear mi jardín asegura que con su palo les disparó a todos. No sé si están muertos o heridos, pero llevan la marca de la violencia. Juegan cada vez más a policías y ladrones o a palestinos e israelíes. Mi casa está allá, a pocos pasos, donde se esconde un "pequeño árabe". Estoy cansado de la corta caminata. Pero, ¿Y cuántos malos pasos en once años y dos meses?, me pregunto, mientras camino y me siento sin pies para caminar en la desgracia.

8. Ningún miedo muere eternamente, amados muertos

Niña, admiro su coraje. Sé que no es nada fácil andar por ahí reviviendo muertos en la memoria, y con ellos, los viejos fantasmas de los miedos. Amados muertos, miedos congelados que creíamos olvidados para siempre. Pero no. Ningún miedo muere eternamente en esta ciudad de desesperados, ahora lo sabe, lo ha sabido desde entonces.

En mi loco intento de retratar el oscuro influjo de la violencia en el barrio Santa Cruz, la encuentro a usted, tímida, con una de esas injustas historias que nadie querría contar. Y sin embargo, usted quiso hacerlo, a su manera, como debe ser, brindando un valeroso ejemplo a todos aquellos que se niegan a romper el silencio del barrio, que callan sus miedos para que la ciudad nunca termine de conocer el monstruo que alimenta y que luego la devorará, sin piedad.

Es cruel el viaje de regreso a esos tristes días. Sus ojos me lo dicen. Por un instante es de nuevo aquella niña de doce años que almuerza con su madre. Una vez más revive el miedo a una ciudad que puede arrebatarse la vida sin matarla por completo. Desde esa tarde lo sabe. Espero que después de nuestro encuentro no se quede anclada allí, perdida para siempre entre los fantasmas de los malos recuerdos. La escucho:

Era un seis de julio de 1994. Mi papá se hallaba en la 50, donde nació, se crió y en donde le dieron fin a su vida. Mi hermano se encontraba manejando el taxi de la familia y mi mamá y mis dos hermanas se encontraban en la casa. Eran las 12:14 de la tarde. A esa hora mi mamá y yo estábamos en el comedor, almorzando, cuando de un momento a otro mi mamá dijo: "bala". Yo le contesté "bala-madre", y salimos a la puerta. Toda la gente miraba para la 50 y hubo un rumor: que habían matado a un sobrino de mi papá. Sonó el teléfono y corrimos a contestar. Era mi tío diciendo

que fuéramos, que habían matado a mi papá. Mamá salió corriendo. Cuando se encontró con mi papá, tirado en el piso y lleno de sangre, lo recogió y lo llevó al centro de salud, pero ya no se encontraba con vida.

Por un momento sentí que el mundo se me caía encima, porque para nosotros él era todo... al igual que mi hermano... pero teníamos que seguir adelante y cuidar de mi hermano, para que no fuera malo en contra de quien nos estaba haciendo sufrir tanto. Ellos nos quitaron a mi papá, quien además era un excelente amigo al que queríamos mucho. Él daba la vida por nosotros ¡y en el momento que más nos necesitó, no pudimos hacer nada para salvarlo!

En el velorio nos dimos cuenta de quienes habían sido los causantes de su muerte. Mi mamá temió mucho por mi hermano, y llorando, le suplicó que no hiciera nada contra esa gente. Lo único que él respondió fue que no se preocupara, que no iba a hacer nada que nos pudiera hacer daño, ni nada de lo que se pudiera arrepentir.

Después de unos días, veíamos cómo pasaban todos los que tenían que ver con la muerte de papá. Se burlaban de mi hermano porque lo veían indefenso, sin poder hacer nada. Eso era algo que él no soportaba, y ahí fue cuando comenzó a decirle a mi mamá que nos fuéramos del barrio; pero ella temía que sus intenciones no fueran buenas: lo único que quería era vengar la muerte de mi padre, por eso nos quería lejos.

Era el 4 de enero de 1995. Iba siendo la una de la tarde cuando mi hermano llegó a almorzar y a esperar unas personas para hacerles una carrera. Almorzó y se acostó en el mueble de la sala. Mi mamá, mi abuela y yo estábamos en la acera de la casa cuando llegaron dos muchachos a preguntar por el taxista. Pensando que ellos eran los de la carrera, entré a llamarlo, pero estaba dormido. Lo moví y le dije: "Flaco, lo necesitan en la puerta". Se paró medio dormido, corrió la cortina de la ventana y se asomó. Uno de ellos le apuntó con un arma a la cabeza y disparó. Mi mamá pensó que eran amigos y que le habían tirado pólvora, pues ellos charlaban muy brusco. Pero no fue así. Escuchó que yo grité... se paró... vio que él estaba tirado en el piso... comenzó desesperadamente a llorar, y con la ayuda de los vecinos

que llegaron inmediatamente lo subieron al carro. Pero no había nadie que manejara, ¡y lo más irónico fue que el único que se ofreció era el mismo que había matado a mi papá!. Pero debíamos pensar que era la vida de mi hermano o el resentimiento que teníamos por esa persona. Al fin fue él quien lo llevó.

***En el velorio
nos dimos cuenta
de quienes habían
sido los causantes
de su muerte.***

***Mi mamá temió mucho
por mi hermano,
y llorando,
le suplicó que
no hiciera nada
contra esa gente.***

Cuando llegaron al centro de salud, lo tuvieron que remitir en una ambulancia para el Seguro Social, pues se encontraba convulsionando. Duró dos días inconsciente y conectado a muchos aparatos. Los médicos decían que eran muy pocas las posibilidades de salvarse, y si ocurría lo contrario podía quedar como un vegetal, ya que el tiro le había destrozado el cerebelo. Fueron dos días de mucha angustia y soledad porque sabíamos que íbamos a quedar muy solas. Le pedíamos a Dios que si él iba a quedar mal, mejor se lo llevara de una vez para que no tuviera que sufrir tanto.

Para nosotros fue muy triste saber que ya no contábamos con ningún apoyo: primero había sido mi papá y luego mi hermano. Se derrumbaron tantos sueños... tantos planes que habíamos proyectado, por el simple hecho de que otras personas les quisieron quitar la vida.

El seis de enero murió a las dos de la mañana. Aún así, hemos tenido que seguir adelante, aunque con mucho resentimiento, porque todavía sigue con vida la gente que tanto daño nos ha hecho.

9. Necrologías antes del fin

Creo que unas cuantas líneas arriba (en el numeral 7) les hablé del hermano del tipo "que menos saluda en el mundo". Lo mataron. Él tocaba la parte posterior de mi cabeza para saludarme. Cada que podía lo hacía, no miento. Hacía poco había salido de la cárcel y le dio por probar suerte con eso de la piratería terrestre. Todo anduvo bien un par de veces, dicen, hasta que los paramilitares se enteraron. Al abrirse la puerta del bus lo recibieron con disparos. No iba solo, fueron tres los muertos, entre ellos una mujer. Los paramilitares, el bus, los cuerpos en el suelo, eso

comenta todo el mundo, no me explico cómo demonios conocen tantos detalles.

A su hermano lo vi la mañana del funeral, fuera de su habitual esquina. Caminaba despacio. Llevaba un leve semblante de tristeza, más de reflexión que de otra cosa. Pasó cerca de mí. Como era de esperarse, no me saludó.

10. Un último temor

"Los buenos somos más", dirán algunos buenos cristianos en este país de clichés, pero "los malos" parecen ser más fuertes e imponen su macabra ley en el barrio, la ciudad, el país, sin que alguno de "los buenos" se pronuncie eficazmente al respecto. Todos somos mudos espectadores de la violencia, sólo sollozamos cuando nos toca el turno. Y tarde o temprano nos llegará. De eso puedes estar seguro.

Como telaraña, la oscura dinámica de la violencia envuelve cada vez más la vida de los habitantes de Santa Cruz. Y temo lo peor, que terminemos por aceptar la violencia o la adoptemos como un órgano vital más o la hagamos una función necesaria en nuestras vidas. Como parpadear. Eso es. Temo que la violencia sea como parpadear, o respirar, un acto totalmente irreflexivo del cual por nada del mundo puedes librarte. Por nada del mundo. Al menos en esta oportunidad el barrio habló con sus verdaderas voces. Pero el conjuro, el duro exorcismo apenas empieza. (Medellín, julio/2001) ■

